

LA INSTITUCIÓN DEL PSICOANÁLISIS

Jaime Robert

Referirse al psicoanálisis como institución, es abordarlo en tanto práctica social: ¿es acaso ello posible en el marco del quehacer académico y profesional de la psicología en nuestro país?. Aún más, ¿es acaso ello enmarcable dentro de las coordenadas de nuestro quehacer psicológico o, se encuentra en otro lugar?

Convendrán conmigo en que responder a esto pasa por la reflexión misma en torno a la naturaleza del psicoanálisis, sus vicisitudes generales y formas particulares de inserción en nuestras coordenadas periférico-dependientes.

Iniciemos entonces con la cuestión de la naturaleza del psicoanálisis y su materialidad en tanto institución social.

El psicoanálisis como institución social

Habría sido muy crítico S. Freud al afirmar que el lugar de la institución es el de la pulsión de muerte; que la institución se yergue como defensa-ataque de la civilización contra el individuo; pero es precisamente esta admonición la que signa al psicoanálisis. Y una admonición que amenaza con erigirse sobre su falta constitutiva.

A decir verdad, lo no decible del psicoanálisis pasa por la evidencia de que su tratamiento, su duración y costo, el modelo organizativo de las llamadas sociedades psicoanalíticas y su estructuración jerárquica, la consolidación de tal jerarquía mediante una determinada organización de la formación psicoanalítica y de los medios de difusión y propagación de su palabra; todo ello está en estricta conformación con esa forma de violencia institucional en que se distribuyen el dinero, el saber y el poder en toda sociedad clasista contemporánea y que en el discurso posmoderno se signa como cultura de expertos.

Más allá de las estructuras libidinosas del acto terapéutico psicoanalítico, se excluye como lo no analizable los determinantes e implicaciones materiales y sociales de tal intervención. Ciertamente que el psicoanálisis sufrió una enorme resistencia pero, por muy criticado y vilipendiado que haya sido, desde un inicio se inscribe en el itinerario de una estética burguesa de la vida que a través de la locura, la enfermedad y la neurosis, sublima sus propias perturbaciones.

Esto se ha afirmado muchas veces, pero vale la pena recordar el por qué y juzgar hasta dónde tales críticas guardan vigencia o, con el pensamiento crítico y emancipatorio que las sostiene, no van más allá del dominio de las "naturales resistencias" que la civilización opone desde diferentes aristas a la herida narcisista del descubrimiento freudiano

Y a decir verdad, el primer argumento sobre la institucionalidad del psicoanálisis nos parece hoy más válido que ayer: lo cierto es que en tanto oficio, el análisis es un tipo de

actividad cuya singularidad, contrario a lo que pudiera afirmarse, no reside en la satisfacción de una necesidad, sino en su articulación en la red del imaginario social, de un modo espacial y temporalmente delimitado de construcción de la vida: el capitalismo y su creciente atomización de escenarios.

Y en lo que respecta a un segundo argumento muy conocido, ¿saben ustedes acaso si es que ha habido algún cambio realmente significativo desde los tiempos de S. Freud respecto del lugar que la institución del dinero tiene en la construcción psicoanalítica de la vida?

Desconozco la experiencia alemana e ignoro qué han hecho ellos con la regla técnica del dinero y posiblemente valga la pena indagar al respecto, pero por lo que a estas tierras toca, la práctica del análisis sigue siendo fiel al principio terapéutico del dinero: ¿recuerdan cómo funciona?.

Empecemos por mencionar que el acceso al psicoanálisis está ante todo determinado por una plausibilidad de índole económica. En nuestro país dos o tres sesiones semanales, a razón de 8 000 ó 15 000 colones por sesión, nos da un rango mensual de 64 000 a 180 000 colones por paciente; esto es, entre un 200% del salario mínimo y un 150% del salario profesional base. Y por si esto fuera poco, tenemos el problema de la duración de la cura psicoanalítica.

De aquí se concluye sin mucho esfuerzo que sólo las personas de ciertos sectores sociales tienen acceso a este tipo de experiencia. Y no creo que la práctica del *asistencialismo* social de no pocos, modifique sustancialmente el aserto.

Pero todos sabemos que el papel que desempeña el dinero en el escenario psicoanalítico resulta mucho más estructurante que esta minucia mercantil, pues su lugar, más que en el imaginario psicoanalítico, se inserta en el núcleo mismo de su metáfora constituyente.

Según sus presupuestos técnicos, la cura exige que el costo del análisis sea proporcional a los recursos del paciente; es imprescindible a la cura que el psicoanálisis represente un verdadero sacrificio financiero. Resulta claro que, si en algún sitio se ubica el sacrificio en el análisis, este es en el dominio del dinero, a tal punto que del ingreso económico depende el análisis.

Sin embargo, la aplicación de este criterio parece estar matizada por el "status" del analista, pues dicho baremo fluctúa -y en especial en un país como el nuestro-, según el prestigio y la lista de espera del analista, lo que a su vez determina las posibilidades de acceso de los posibles clientes.

Si estamos ante un debutante, su lista de espera es más bien reducida, el analista apenas puede seleccionar a sus pacientes y el mínimo por sesión es relativamente bajo. Por el contrario, si estamos ante un analista prestigiado, la lista es extensa, el analista goza de gran libertad para seleccionar su clientela y el mínimo es más bien alto. No es de extrañar entonces que la posición del analista ligada a la cuestión de la remuneración en el escenario terapéutico, no sea otra que la del lugar del confort burgués.

Quizá por ello Jean Baudrillard llega a afirmar que *“los símbolos relativamente estandarizados del confort burgués, la disposición de un espacio considerable, la afirmación del gusto materializado en la elección de muebles y objetos, hablan en menor medida de una*

inteligente deontología que de una situación social y de un estilo de vida marcado por el dinero” (Lourau,1969/1971; p.58).

Pero este importante papel de la institución del dinero no se queda en la relación con el analizando y su legitimación metaterapéutica sino que arriba al terreno mismo de la formación analítica, donde juega un rol orgánico en la precisa jerarquía que va del alumno al analista, pasando por los candidatos a la práctica del psicoanálisis. El resultado nuevamente es que solo los de mayores recursos pueden eventualmente llegar a alcanzar el estatuto de analistas.

Un proceso de selección social en la formación analítica, de cuya conciencia no hay que ser muy ducho para concluir que ha de tener importantes implicaciones en la limitación del potencial crítico y en la búsqueda de recursos que liberen al análisis de su función de crítica, no a una cultura abstracta, sino a una formación histórico social precisa de construcción clasista de la vida.

Por supuesto, aún este proceso no está instituido formalmente en nuestro medio y de hecho es una de las condiciones que llevan a la duda respecto de las posibilidades de la práctica del psicoanálisis aquí; pero, es obvio que en nuestras asociaciones psicoanalíticas -en particular en las llamadas “sociedades lacanianas”-, cuando se dice haber roto en el campo de lo simbólico con esta concepción elitista de la formación analítica, se practica en el campo de lo real dicha formación selectiva.

La radicalidad disidencia en las políticas de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis, de la que se hace gala en este campo, entonces, no es mas que un modo de oscurecer este proceso con una mala conciencia de clase, tras la que se oculta la misma estructura jerárquica habitual y su soporte económico.

Y no es que pretendamos la *franciscanización* de la práctica psicoanalítica, es que no creemos que el principio de sobrevivencia en este campo sea motivo suficiente para que en su ser y quehacer no se hable de la magna institución del dinero.

¿Y qué podemos decir del lenguaje y su impronta institucionalizante en el escenario psicoanalítico?. Para responder a esto conviene retrotraernos a la singularidad epistémica y terapéutica del psicoanálisis: ya sea como especialidad médica o como psicología clínica, su singularidad reside en el encuentro frecuente y regular de un analista y un cliente como soportes de un conocimiento siempre inconcluso y que jamás viene dado previamente al trabajo analítico, sino que es producido por y en dicho trabajo merced a la colaboración entre ambos.

El instrumento de dicha labor es el lenguaje. El analista es un lingüista que aplica análisis lingüístico sobre una materialidad -también lingüística- muy especial: la palabra siempre transitoria y huidiza de quien se pronuncia

Las reglas de este trabajo sobre el lenguaje son muy precisas:

1. Libre asociación del analizando bajo el imperativo de la no omisión discursiva, función poética del lenguaje; que se contrapone a
2. la tarea del analista, que cumple una función más bien metalingüística de desciframiento y traducción de unos mensajes cuya codificación ignora y que no es descubierta por él sino

mediante una labor conjunta de analizando y analizante.

Ahora bien, si el Psicoanálisis es una práctica de lenguaje, hemos de recordar con Ferdinand de Saussure que la lengua es una institución social y que ella se encuentra distribuida de manera asimétrica entre sus diferentes clases. Y la *Institución* del psicoanálisis se ubica tanto por lo que respecta a los analistas como a los analizandos, en palabras del mismo S. Freud, en el nivel superior de la construcción lingüística de la cultura.

Creo que un cuarto argumento, nada desdeñable, que signa la institucionalización del psicoanálisis, resulta de su posicionamiento en relación a la antropomórfica institución de la prohibición del incesto y de su lugar en el análisis del sujeto, de su deseo y de los destinos de la pulsión.

Es desde su lugar simbólico, en tanto *ley constrictora*, que la institución de la prohibición del incesto interpela los poderes imaginarios del principio de realidad como condición de funcionamiento del yo, que si bien varía de una sociedad a otra, implica siempre esa capacidad yoica para observar la realidad y actuar de manera adecuada para protegerse de los daños que la satisfacción irrefrenable de sus impulsos pudiera inflingirle en su pulsionalidad transgresora.

En tal marco de desenvolvimiento yoico, todo intento transformador es interpretado como economía del deseo, tentativa de gratificación inmediata y no diferida de éste. En esa perspectiva, el psicoanálisis no puede hacer otra cosa que confirmar que la realidad es así y funcionar sobre esta base. Así, quiéralo o no, el psicoanálisis rinde tributo a la Ley y deviene en constitutivo del sistema social, como cualquier otra institución.

Nuestro último argumento se deduce de esta antropologización de la cuestión analítica y que lleva a la descontextualización del cuerpo heurístico del psicoanálisis.

Para críticos como Michael Schneider (1972/1979), el psicoanálisis revela en su marco categorial el impacto semántico de su origen *pequeño burgués*: estructuración pulsional de la subjetividad individual en las condiciones de la familia patriarcal nuclear monogámica, en la que el contexto extrafamiliar se deshistoriza como medioambiente natural darwiniano.

Cierto que es este uno de los aspectos sobre los que más se ha reflexionado en psicoanálisis y marca la irrupción de movimientos divergentes respecto a la institucionalización psicoanalítica, tales como el etnopsicoanálisis, el freudomarxismo o el psicoanálisis humanístico.

De ahí que uno de los principales mentís a lo afirmado hasta el momento, reside en el argumento de que tales críticas no agotan las posibilidades de la práctica psicoanalítica y que no es difícil encontrar diferentes opciones que de una manera u otra salvan uno, varios, o todos los significantes primordiales mencionados y potencian la desinstitucionalización del psicoanálisis. Y para ello recurren al propio S. Freud como paradigma de la incondicionalidad crítica del psicoanálisis.

Estoy de acuerdo que este es un punto álgido para dirimir la suerte de la institucionalización del psicoanálisis, así como su potencial contestatario y que su resolución de una u otra manera pasa por la cuestión de la *muerte del Padre* en el psicoanálisis. Por ello conviene pasar revista a la génesis y vicisitudes de la institucionalización psicoanalítica, al

menos en sus desarrollos más convergentes.

De las vicisitudes de la institucionalización psicoanalítica

En alocución a una famosa consigna del célebre psicoanalista francés Jacques Lacan, afirmó alguna vez el psicoanalista Michel Richard (1971/1972) que, en tanto ciencia de lo subjetivo, la psicología nació con S. Freud, pero muchas veces pareciera haber muerto con él. Con el ánimo de resguardarlo en toda su radicalidad, yo me atrevería a corregir dicho aserto en el sentido de que no sería con él sino durante su vida misma, que la psicología de las profundidades habría de experimentar su agonía.

Y es que guste o no, la evolución de la práctica y teoría del psicoanálisis es desde un inicio signada por su institucionalización. ¿O Acaso es posible olvidar el afán de reputación social en que derivó el deseo del que fuera *padre del psicoanálisis* y su impronta en el decurso del nuevo saber?

Sólo un encendido seguidor del idealismo epistemológico sería capaz de inscribir en el dominio de las anécdotas o de las contingencias históricas, el papel que en la construcción del psicoanálisis tendrían las penurias y congojas de aquel médico de origen judío en su dificultosa lucha por un posicionamiento social, en la muy compleja sociedad vienesa de finales del siglo pasado.

Recordemos de pasada algunas de estas vicisitudes en la biografía del fundador del psicoanálisis: para empezar, S. Freud pretende alcanzar el estatuto de asistente gracias a *von Brucke* y no primordialmente por razones de índole académica; su ulterior viaje a Francia para estudiar con *J. M. Charcot* no dista mucho de este afán burgués y años después no dejará de achacarle a su esposa, el que su matrimonio haya obstaculizado el avance de sus estudios sobre la cocaína y con ello perdida la ocasión de la celebridad. ¿Y qué decir de las razones para incursionar en la electroterapia y la hipnosis, más vinculadas a poder completar una fuente de ingresos que a razones científicas?.

En verdad, S. Freud no se esfuerza, como la mayor parte de sus seguidores, en ignorar que por la época, la terapia de las enfermedades nerviosas orgánicas es poco rentable y escasea en número, mientras que se experimenta un crecimiento muy sugestivo de un nuevo tipo de clientela: el llamado coloquialmente *neurótico*, gente que se deshace por sus "neuras" relacionales, sus fantasías y su imagen corporal.

A finales del XIX ya no se espera el efecto mágico de la farmacopea como en los sectores más humildes con su médico general; o de la dietética, campo del especialista; ahora se desgrana un nuevo campo de intervención: el de la palabra. o, para expresarlo en términos de Michel Foucault (1966/1968), el de la *representación especular*.

El remedio tiene mucho de homeopático: más de lo mismo, apalabrarse y, como está

resurgiendo en estos últimos días del milenio, si se complementa con un acento jungiano, se condimentan las sesiones analíticas con experiencias ocultistas (*vivencias transpersonales* diremos ahora).

Pero a estos determinantes socioeconómicos cabe agregarles el carácter profundamente autocrático con el que S. Freud funda, dirige y anima la primera *Asociación Psicoanalítica Internacional*. El tratamiento de las disidencias y su impronta en el decurso de la obra freudiana no podría ser más contundente como evidencia argumentativa al respecto. El resultado: la parálisis de la producción y la reflexión psicoanalíticas dentro de los estrechos marcos que imponía su gestor.

El que fuera la *Ego Psychology* la que sentara sus reales en la *Asociación Psicoanalítica Internacional*, no puede entonces menos que considerarse la consecuencia de un movimiento generado por su fundador.

El retorno a S. Freud como lema crítico entonces, no podría ser entendido ni como la vuelta a los textos canónicos, ni como el regreso a todo Freud, sino como interpelación misma de S. Freud desde Freud, con el ánimo de quien rinde homenaje al padre: no esclerosándose en su palabra sino sustrayéndolo del Pantheon.

Y no es que atribuyamos a S. Freud este desplazamiento de la psicología de las profundidades a la del principio de realidad; es que el carácter institucionalizante de este movimiento se sustenta mucho en la autocracia del padre del psicoanálisis.

Bajo la égida de la *psicología del yo*, el psicoanálisis deviene en psicología general y sus ideas trascienden el estrecho marco de las sectas psicoanalíticas para inundar los dominios de la academia y la conciencia cotidiana, al punto de configurarse una práctica social analítica allende los marcos de la ortodoxia psicoanalítica. Pero esto no ocurre al margen del contexto sociopolítico y de la práctica de la psicología y la psiquiatría.

Y es que en el marco de la emergente sociedad de masas de la posguerra y las nuevas condiciones de construcción de la subjetividad, su patología y tratamiento, nuevas perspectivas terapéuticas surgen, más baratas y por lo general más efectivas, que obligan al surgimiento de movimientos de renovación psicoanalítica, que a su vez redundan en una interpelación creciente de la propuesta original.

¿Qué es del psicoanálisis en este movimiento democratizante y masificante?

En primer lugar, pareciera que tal democratización está relacionada con ese fenómeno tan particular y generalizado de la psicología general con orientación analítica, sin llegar por supuesto al psicoanálisis y que se forma no en los ghettos psicoanalíticos sino en las universidades académicas e instituciones hospitalarias.

En nuestro país, el psicólogo clínico ha sido quizá su mejor expresión, pero más allá de este, ese psicólogo generalizante y polivalente que durante años se ha formado en la Universidad de Costa Rica y, por supuesto, más recientemente, ese psicólogo de orientación lacaniana que se venía formando en el hoy en crisis Colegio de Monterrey de la UACA, continuado ahora en la disidente Universidad de Ciencias Sociales.

En otros países esta formación de *parasicoanalistas* está legitimada y supervisada por las

sociedades psicoanalíticas. Aquí no llegamos a tanto y hemos de conformarnos, cuando mucho, con la supervisión de algún reputado psicoanalista, si es que alguien en este país puede ostentar semejante "status".

Este es quizá el fenómeno medular con el que hemos de vérnosla en nuestro país, tanto en lo que respecta al ejercicio de la profesión del psicoanálisis, como a su formación y, en última instancia, a su institucionalización.

Resumiendo, fiel al principio de realidad, la idea original de la interpelación psicoanalítica de la vida deviene en una suerte de práctica de la difusión de las ideas y principios terapéuticos del psicoanálisis, que termina encubierta bajo el velo de una crítica de la artificiosidad aristocrática del fundamentalismo psicoanalítico y de la necesidad de un acercamiento del análisis a la realidad social inmediata.

Sí nos queda el sabor de que en tal recorrido merecen una particular reflexión la referencia al lacanismo, el sociopsicoanálisis y el etnopsicoanálisis. Y ello porque de una u otra manera los tres corresponden con diferente fuerza y suerte a importantes movimientos de desinstitucionalización y potenciación de las tendencias más radicales del psicoanálisis. De los dos últimos, baste por ahora con resaltar el influjo desinstitucionalizante de su práctica teórica y terapéutica, materializada en aspectos tales como la reconversión del *setting* analítico como espacio de interlocución, cuando no es que se lo reconfigura como espacio conversacional e incluso público; la relevancia que se le da al análisis de la contratransferencia y el acercamiento sociocultural que se hace del problema de la ley o institución de la prohibición del incesto, en la constitución de la subjetividad.

Del primero, espero poder retomar algunas consideraciones en el siguiente

apartado acerca de la institucionalización del psicoanálisis en el marco latinoamericano.

La institución del psicoanálisis en el marco latinoamericano

No son pocos los que juzgan que el clima social indígena-americano está signado por la perpetuación de esa forma de Estado de excepción, conocida como *terrorismo de Estado* o *Estado de seguridad nacional* y que, por lo tanto, es en tales condiciones en las que se desenvuelve la práctica de la psicología en general y del psicoanálisis en particular.

La cuestión aquí entonces es preguntarnos acerca de cuál ha sido la respuesta individual e institucional, teórica y terapéutica del Psicoanálisis ante semejante principio de actuación.

Dos posiciones extremas parecieran haberse conformado en el psicoanálisis latinoamericano alrededor de esta cuestión y su incidencia en su quehacer teórico y práctico.

Una, signada por la emergencia de aquellos movimientos de los 60s que, influidos por las corrientes sociopsicoanalíticas, principalmente en Argentina, llevan a la disidencia respecto de la

Asociación Psicoanalítica Internacional y culminan en el llamado grupo *Plataforma*: la autorreflexión crítica tanto de la teoría como de la práctica psicoanalíticas, el desarrollo de enfoques comunitaristas y grupales, la inserción en comunidades marginales y populares, sindicatos, partidos y organizaciones revolucionarias, marcan este derrotero.

Frente a las dictaduras de seguridad nacional y su necrofílica y sistemática práctica de exterminio, tortura y represión política; formulan la necesidad de repensar categorías básicas del psicoanálisis tales como su encuadre, la regla de la abstinencia, el contenido social de las interpretaciones, etc. El resultado: una rica experiencia de crítica, reconceptualización y búsqueda de nuevas inscripciones sociales que llevan a una renovación desinstitucionalizante de la práctica psicoanalítica en hospitales y centros de salud y a la incursión en las esferas educativas, laborales, coercitivas y de comunicación de masas; en fin, una práctica de cuestionamiento de las reglas clásicas del *setting* analítico y una búsqueda de alternativas al restringido circuito pequeño burgués de la ortodoxia psicoanalítica primermundista.

El carácter contestatario de semejante opción queda muy bien retratado con la persecución de la cual sus adeptos fueron objeto a mediados de los 70s en el Cono Sur y que llevó a no pocos a emigrar a estos lares, donde dejaron una importante impronta en la formación y quehacer de la psicología en general y de la analíticamente orientada en particular.

A consecuencia del largo período de estos gobiernos de excepción, la fuerza desinstitucionalizante de este sociosicoanálisis fue feneciendo en el exilio y sufriendo paulatina pero irremediablemente los efectos del desarraigo que producen la distancia y los cortes generacionales.

Será hasta la reapertura democrática que, en el marco de la atención a las víctimas de tortura y en particular a sus hijos, se anuncie la recuperación del movimiento contestatario psicoanalítico y se desarrollen nuevos replanteamientos del cuerpo categorial psicoanalítico, en particular el referido a los conceptos de "realidad psíquica", "acting" y "abstinencia", en el marco más amplio de la dinámica psicosocial y existencial.

En esta historia, es en la acera de enfrente que encontramos al lacanismo, originariamente antinstitucional, desarrollado en el fragor de la crítica al asociacionismo, el introspeccionismo y el adaptacionismo de la psicología del yo, frente a los que desarrolla las tesis de la determinación simbólica de la subjetividad escindida e inexorablemente alienada en el deseo del Otro en tanto significante primordial.

Frente al compromiso y la subversión disciplinaria de los enfoques sociopsicoanalíticos en el continente, se pronuncia por un modernismo individualista, aséptico y profesionalizante, en que se proclama el abismo estructural entre el discurso de la necesidad y el del deseo, se desestiman las temáticas que articulan lo social y lo político con respecto al sujeto y su deseo en la práctica analítica, se descalifica la perspectiva social y se da la espalda a las luchas y dramas populares.

Al igual que el padre del Psicoanálisis frente a la interpelación nacionalsocialista de la vida y del quehacer psicoanalítico, la práctica lacaniana se institucionaliza en un sistema

rígidamente jerarquizado, basado en el monopolio del saber, la arbitrariedad del poder y el ejercicio liberal que, frente a la desimbolización del terror, se escenifica como santuario depositario de una práctica ajena a las luchas por la vida de la revolución contestataria y a la defensa de los derechos humanos y, como en su momento S. Freud, demanda a sus adeptos el sometimiento al orden y a la resignación ante la imposibilidad del goce.

Pero aún más mortífera e institucionalizante resultan ser las prácticas que durante los años de las dictaduras caracterizaran a asociaciones psicoanalíticas como las brasileñas que, más allá de excluir a todo aquel que con su compromiso pusiera en entredicho la asepsia de la institución psicoanalítica, dieran claras muestras de colaboración y participación en las prácticas de tortura que potenciaba la dictadura.

A modo de epílogo: psicoanálisis y desinstitucionalización

Pero con todo y aunque no lo parezca, somos de los que sí creemos que hay algo de divergente y antinstitucional en toda esta práctica psicoanalítica, ¿que podrá ser?

Pensamos que es esa interrogante acerca de los destinos de la pulsión que interpela y formula nuevos plausibles; que es ese compromiso con lo inconsciente reprimido que debe fluir; que es la necesaria conclusión de que, a contrapelo del mismo S. Freud, la mayoría de las fuerzas responsables de la renuncia y de la denegación subjetiva resultan expresión y efecto de los sistemas de construcción y exclusión social; que por lo tanto, la práctica del Psicoanálisis lo es en tanto crítica e interpelación de los destinos sociales de la pulsión a los que tanto analistas como analizandos están sometidos.

Nuestra tesis es que necesariamente la institucionalización del psicoanálisis se inicia ahí donde se detiene o deshistoriza dicha crítica e interpelación y que sólo reinsertando la institución misma en el texto del análisis, esto es, retrotrayendo al análisis las condiciones mismas que lo hacen posible, en esa suerte a la vez imposible y asintótica que, con todo, tan bien retratara Jacques Lacan, podrá el Psicoanálisis sobrevivir entre el más acá de la muerte institucionalizante y el más allá de toda vida posible.

Pensamos también que la suerte del psicoanálisis se juega hoy en el campo de la psicología, no de la medicina y no en tanto metapsicología, sólo psicología: ciencia de las profundidades.

Bibliografía de consulta

FOUCAULT, Michel (1966/1968); **Las Palabras y Las Cosas**. México: Siglo XXI editores.

LACAN, Jacques (1984/1988); **De la lectura de Freud**. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión

LOURAU, René (1971); **El Psicoanálisis en la División del Trabajo**. Barcelona: Editorial Anagrama.

PARIN, PAUL Y Goldy Parin-Matthéy; "*La Obligatoriamente Infeliz Relación de los Psicoanalistas para con el Poder*". San José: Asociación de Psicoanálisis y Psicología Social. Diciembre, 1998

RICHARD, Michel (1971/1972); **Los Dominios de la Psicología**. Madrid: Ediciones Istmo

SCHNEIDER, Michael (1972/1979); **Neurosis y Lucha de Clases**. México: Siglo XXI editores.